

Volumen XXV Octubre 1.º de 1930. Número 249

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTÁ

IMP. DE «LA LUZ» — CARRERA 7.ª. NÚM. 590.

MCMXXX

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Octubre 1.º de 1930

COLOMBIA

Al hacer uso de la palabra en el recinto de esta Casa, correspondiendo a una invitación para mí tan honrosa, que no me era posible el declinarla, mi primer impulso es volver los ojos a la amada tierra de España, que hace pocos meses visité con la emoción del peregrino que, después de largos años de espera, cumple un voto y traspasa los umbrales del santuario que la imaginación le pintaba tanto más bello cuanto más inaccesible. Había acariciado durante mucho tiempo el ensueño de volver a España, en donde pasé días alegres de mi primera juventud, cuando todo me sonreía, y en donde conocí y traté una pléyade de hombres ilustres que, en su mayor parte, han desaparecido de la vista, pero no de la memoria de los españoles. Pude apreciar el encanto de aquella gentilísima sociedad de Madrid, de la cual eran ya juvenil ornato las dos ilustres damas (1), que tan dignamente llevan, en las respectivas Embajadas de Roma, la representación de la gran señora española, con esa feliz alianza de la distinción aristocrática y la sencilla afabilidad, de la franqueza y del recato, de la gracia y la benevolencia, que hace de la mujer española un tipo de selección. Volví a España; mas no

(1) Las excelentísimas señoras condesa de la Viñaza y marquesa de Magaz.

CONTENIDO

	Págs.
<i>Colombia</i> , A. Gómez Restrepo.....	597
<i>La patria de Colón</i> , por el R. P. Fritz Streicher, S. J. (conclusión).....	620
<i>Tarde de febrero</i> (poesía), Jesús Estrada Monsalve...	634
<i>Pensando</i>	635
<i>Elogio de Monseñor Carrasquilla</i> , por Belisario Latorre.....	639
<i>Patrimonio no embargable</i> , Aquileo Calle H.....	643
<i>Monseñor Carrasquilla a la luz de sus escritos y oraciones</i> (Colombia, Medellín).....	648
<i>Obra interesante</i> , S. B. R.....	660

ya halagado por bellas ilusiones, sino llevando en el alma uno de esos grandes dolores que ponen punto final a toda esperanza de ventura. Pero me sentí dulcemente conmovido al estrechar manos amigas; al renovar viejos afectos; al conocer personalmente a hombres ilustres de quienes había sido lejano corresponsal; al recibir tantas efectivas pruebas de la hidalga hospitalidad y de la franca gentileza española.

Y tuve gran placer al apreciar de cerca el admirable resurgir de España: la transformación de sus grandes ciudades; Madrid convertido en una magnífica capital; el empuje de progreso que se advierte por dondequiera, en todos los órdenes de la actividad humana, y que ha de haber sorprendido a quienes juzgaron que España quedaría definitivamente oprimida bajo el peso de la adversidad. Pero no mueren los pueblos que mantienen incólume su conciencia histórica y vivo el sentimiento de su destino en el mundo; y que conservan la savia vital, productora de hombres, no de seres raquiticos ni degenerados. Y a medida que se ha fortalecido interiormente, ha empezado a recobrar España su posición internacional, de que fue injustamente desposeída desde el Congreso de Viena, cuando la Europa coaligada le pagó con la ingratitud el haber levantado el primer obstáculo efectivo e infranqueable que se opuso a la expansión universal del Imperio Napoleónico.

Tuve el gusto de visitar las dos Exposiciones que España se dio el lujo de organizar a un mismo tiempo: grandiosa la de Sevilla, como una reconstrucción panorámica de todo el Imperio español, unido en otros siglos por lazos políticos, y hoy por vínculos de afecto y por intereses morales que por su mismo carácter ideal, no están destinados a aflojarse ni a romperse; espléndida la de Barcelona, como demostración de la vitalidad de España y de su desarrollo industrial. Os con-

fieso que cuantas veces vi encenderse el cerro de Monjuich con las maravillosas iluminaciones que daban a la Exposición el aspecto de una aparición fantástica, me parecía presenciar la apoteosis de la nueva España que, coronada de esplendores, vuelve a ostentar ante el mundo, según el magnífico verso de Quintana,

su cetro de oro y su blasón divino.

La elección de Sevilla, ciudad de las más bellas y deleitosas del mundo, para asiento de la Exposición hispanoamericana, fue muy oportuna; pues allí estuvo, durante siglos, la metrópoli efectiva de España para las Colonias de América; y allí se conserva el venerable Archivo de nuestra antigua historia. Es indudable que el sello andaluz persiste en los pueblos del nuevo mundo, a pesar de los extraordinarios cambios y mutaciones que sufren usos y costumbres en países jóvenes, poderosamente influídos por fuerzas renovadoras. En mi país, en las antiguas ciudades, se ven huellas indelebles de la arquitectura sevillana, con sus ventanas de reja y sus patios llenos de flores. En Cartagena de Indias, al amparo de las formidables murallas que hizo levantar Felipe II y que desafían impávidas los siglos, se abrigan calles que, contempladas a la luz de la luna nos transportan al corazón del barrio de Santa Cruz o de Triana. En ciertas regiones, el dejo andaluz da gracia y sal al lenguaje. Los colombianos tenemos un lazo mayor con Andalucía: Don Gonzalo Jiménez de Quesada, conquistador del Nuevo Reino de Granada y fundador de Santa Fe de Bogotá, era hijo de esas regiones. Unos le tienen por nativo de Córdoba; otros por granadino; pero nadie pone en duda su procedencia andaluza. Como buen andaluz, era, sobre guerrero valeroso, letrado y hacía versos. Con tal fundador, ¿cómo extrañar que las aficiones literarias hayan arraigado tan profundamente en nuestro suelo, si nos vienen de abo-

lengo, si la historia de nuestra poesía empieza con el recuerdo de Quesada?

Entre las épicas figuras de la conquista de América, ocupa Quesada puesto principal, aun cuando su empresa sea menos famosa que las de Cortés y Pizarro. Su hazaña fue heroica; novelescas las vicisitudes de su agitada carrera; noble su figura de conquistador. Hasta donde lo consentía la dureza implacable de las costumbres militares de aquella edad de hierro (que, por el aspecto intelectual, fue también de oro), Quesada se mostró generoso y humano. Y fue desgraciado: no obtuvo toda la recompensa que su esfuerzo merecía. Bogotá ha colocado su efigie en la entrada principal de la ciudad, como homenaje de afecto a su simpático fundador; y como testimonio de que ella abre sus puertas a todo el mundo, pero mantiene el orgullo de su abolen-go y es fiel a las tradiciones de su raza.

Fundó Quesada la ciudad de Santa Fe de Bogotá en el corazón del país, en sitio elevado de los Andes, donde se extiende una vasta planicie, que recuerda la vega de Granada. Se goza allí de un suave clima primaveral, que dura todo el año; de tal manera, que los árboles nunca se despojan de sus hojas; ni hay estación especial para las flores y jardines. La atmósfera es transparente y el cielo azul; aun cuando sujeto a rápidas mutaciones en la época en que soplan los vientos de la cordillera. Aquella inmensa llanura verde, que cierran, en remotísima lejanía, montes que revisten ligero tinte violáceo, convida a la meditación y al estudio. Y es espectáculo siempre nuevo el de la puesta del sol. Porque, en ocasiones, se tienden inmóviles sobre el horizonte largas fajas negras y el sol lanza reflejos cárdenos, que dan a la escena tono funeral, como de tarde de Viernes Santo; otras veces, se cubre el cielo de tintes risueños de plata y oro sobre fondo azul purísimo,

como si un pintor prerrafaelista hubiera aderezado esa decoración, para hacer surgir de entre ella grupos seráficos, entonando en sus laúdes y tiorbas el coro del *Angelus*; pero con más frecuencia, en vez de estos toques suaves y delicados que forman una celeste sinfonía de colores, el firmamento se complace en acompañar la caída del día con un tropical derroche de luces y de esplendores; sobre las montañas azules se levantan otras fantásticas, que parecen de plata maciza; inmensos nubarrones de orlas purpúreas se combinan formando monstruos apocalípticos; surgen y se desploman alcázares flotantes; el occidente parece un volcán en erupción; y el sol, con majestad cesárea, se envuelve de pronto en un manto de vapores, lanzando sus últimos rayos, que corren de su disco rojizo y enorme, como torrente de sangre que brota de una herida. El crepúsculo es muy breve en la sabana: la noche sobreviene de pronto, sorprendiendo al viajero descuidado, y las montañas que por el Oriente dominan el paisaje parecen avanzar sus negras moles sobre el recinto de la ciudad.

Magnífico es el espectáculo de una noche serena en esas alturas andinas. Gracias a la vecindad de la línea ecuatorial, se domina desde allí todo el cielo con sus dos hemisferios: pudiendo el espectador contemplar a un tiempo, con sólo girar la vista, de una parte la estrella polar, y de otra los cuatro magnos luceros de la Cruz del Sur. Y en esta atmósfera transparente, en el palio azul profundo, las estrellas se muestran con increíble nitidez y brillo; y no es una metáfora el decir que parece que tiembla el firmamento con el titilar de miríadas de puntos luminosos. La Vía Láctea despliega su arco gigantesco, como si quisiera abrazar la creación; y raro será el que contemplando este panorama, no sienta pasar por su espíritu un hálito de lo infinito.

A veces me ha parecido encontrar una especie de

analogía entre estas manifestaciones de la naturaleza y los rasgos de nuestro carácter. Porque en esa rapidez con que se cambia el aspecto del cielo, ya sereno, ya invadido súbitamente por nubes aborascadas, para recobrar luégo su anterior alegría, se refleja la movilidad de impresiones que, para bien y para mal, ha sido rasgo característico de nuestra colectividad. Y no sería raro que la contemplación de esos vastos horizontes que tocan con el cielo, hubiera influido en la tendencia meditativa y grave, y con frecuencia religiosa, de gran parte de nuestro arte y de nuestras letras.

Al decir que la Sabana de Bogotá recuerda la vega de Granada, reconozco con humildad que no tenemos nada que se asemeje a la Alhambra ni al Generalife. Pero la Naturaleza rescata allí lo que nos negó el arte. A poca distancia de Bogotá está la célebre catarata del Tequendama, colocada artísticamente en el centro de un ciclópeo anfiteatro de enormes piedras, en donde se ofrece, en toda su esbelta majestad, a la contemplación del espectador. Es el Tequendama un espectáculo sublime, pero no monstruoso: sorprende y fascina, pero no anonada al contemplador; es una obra de arte, ejecutada por la Naturaleza en todo el esplendor de su fuerza animadora. Cuando el sol forma iris sobre su frente y argenta su túnica de espumas; cuando el aire es transparente y permite abarcar toda la catarata, desde cuando se precipita, como dragón prehistórico, por la estrecha boca y la mole de agua se deshace en millares de copos que se rizan y se convierten en vapores, hasta cuando cae en la abismosa profundidad y el río parece un arroyuelo espumoso, entonces el Tequendama presenta ese género de belleza superior, que resulta de la unión de la fuerza y de la gracia. Pero de pronto el solitario monarca se esquivo a la mirada de los hombres, envolviéndose en manto de nieblas que

sólo a trechos logran rasgar las brisas, y apenas da testimonio de su infatigable, eterna, actividad con el ruido de su caída, solemne y majestuoso como redoble de un gigante tambor, según la frase de Caro. Entonces la selva primitiva se adorna con jirones de vapores y una caravana de nubes desfila por los montes circunvecinos.

Bien sabéis que el inmortal Cervantes pretendió un puesto en Santa Fe de Bogotá. Si lo hubiera obtenido, no sabemos qué influencia hubiera tenido este suceso en su carrera literaria; y por tanto, en los destinos de la literatura española. Pero se complace uno en fantasear el episodio que a su imaginación creadora le hubiera sugerido el espectáculo del Tequendama en relación con el gran caballero de la Mancha. Si don Quijote imaginó tan grandes cosas en presencia de unos molinos de viento y al ruido de unos batanes, ¿qué no habría imaginado arte aquel gigante de la Naturaleza y con qué bríos habría querido dominarlo! Pero siglos después de Cervantes, un héroe de la realidad, que reclamaba su parentesco con el manchego, Simón Bolívar, en un arranque de sublime locura, en presencia del Tequendama, se lanzó de un salto a una roca que sobresale solitaria en el centro del río, en el propio vértice de la catarata, y contempló impávido el abismo, menos hondo y pavoroso que el de la ingratitude humana. El, que había dominado tantas voluntades, quiso también señorear aquel alarde de fuerza de la Naturaleza. Inclitos luchadores del ideal, el americano y el manchego, el uno dentro de la realidad, el otro fuera de ella; inmortalizado el primero por sus propios hechos; el segundo por obra de la mente creadora que lo engendró para admiración del mundo.

No tuvo el Nuevo Reino una literatura colonial rica, como Méjico o el Perú; ni nombres tan preclaros como los de Alarcón, Sor Juana Inés de la Cruz o el Inca

Garcilaso. Pero en esfera más modesta, acorde con la posición subalterna del Virreinato en comparación con los de aquellas dos opulentas regiones, se advierte un movimiento intelectual digno de memoria; y que podemos compendiar en tres nombres: un cronista poeta, Juan de Castellanos; un narrador de crónica picaresca, Juan Rodríguez Fresle, y una escritora mística, la Madre Castillo, que ocupa el primer puesto entre nuestros autores coloniales, y es un fenómeno literario, como lo es, en la esfera artística, el gran pintor Gregorio Vásquez Ceballos. Castellanos fue cura de Tunja, pero su gloria tenemos que compartirla con Andalucía, porque nació en el pueblecillo de Alanís, aun cuando desde muy joven residió en el Nuevo Reino. Castellanos empleó los ocios de su edad madura en levantar una de las más formidables moles de versos que existen en castellano, historiando la conquista y la vida de los más famosos descubridores, a varios de los cuales había él conocido y tratado. Castellanos es un ciclope literario; y como todos los ciclopes, enorme, burdo y desmañado. Pero con frecuencia centellean en el bosque espeso de sus endecasílabos, rasgos de peregrino ingenio, versos sonoros, octavas magníficas, de una sencillez homérica, que revelan al ingenio de raza, extraviado en el cultivo de un género híbrido, por imitación del grande Ercilla; y de pronto retoza en sus labios la gracia andaluza y corren sus versos, festivos y jacarandosos. Es Castellanos el más antiguo de nuestros cronistas, después del conquistador Quesada, el cual, a modo de Hernán Cortés y de Julio César, escribió la historia de sus proezas, en libro que desgraciadamente se ha perdido.

Juan Rodríguez Fresle, el autor del libro conocido con el extraño nombre de *El Carnero*, nos da la crónica privada de la colonia, con sus casos de amor y de venganza, con sus deportes y sus riñas, con sus haza-

ñas y sus crímenes, en un estilo que procede directamente de los escritores picarescos españoles, por el desenfado y la gracia maliciosa, por esa curiosa mezcla de desgarrado soldadesco y de gravedad moralizadora. Este libro hace ver cómo bajo las apariencias devotas de la vida colonial, hervían esas grandes y terribles pasiones, que disciplinadas por la piedad o por la noción del deber formaban los santos y los insignes caballeros, y entregadas a sí mismas, eran el nervio de esas aves de presa, nacidas para la lucha, que se jugaban la vida en una suerte de amor y también se la arrebataban al contrario, sin que el menor sentimiento conmoviese sus pechos.

El tercer escritor vistió, no sólo traje femenino, sino tocas de monja. La Madre Francisca del Castillo, recluída desde su primera juventud en un atrasado convento de clarisas de Tunja, escribió, movida por superior impulso, el libro de su vida y los *Sentimientos espirituales*, en donde palpita la más sublime inspiración mística, expresada en cláusulas de encendida elocuencia, esmaltada con un tesoro de reminiscencias bíblicas. No expuso ella un sistema místico como Santa Teresa; ni Dios la había llamado para directora de almas. Pero su espíritu, conturbado e inquieto, halló expansión en esos hermosos afectos, que revelan un temperamento oratorio, que ya hubieran querido para sí los oradores sagrados de aquella época de grande afectación literaria. ¿En dónde aprendió ella esa manera de escribir, a un tiempo sencilla y sublime? Tocóla el amor divino e hizo brotar de las profundidades de su alma esa fuente de aguas puras que salta hasta la vida eterna.

Los escritos de Castellanos conservan el olor de esos viejos arcones de cedro, en donde las familias linajudas guardan sus pergaminos y ejecutorias. De las páginas de Rodríguez Fresle se desprende el olor del ámbar con

que las damas perfumaban sus quirotecas, mezclado con un acre vapor de sangre. De los *Sentimientos* de la Madre Castillo se desprende un aroma de incienso como el que guardan las capillas cuando se acaba de exponer el Sacramento.

No puede pensarse en la Colonia sin recordar la generosidad magnánima de un prelado, que también tiene entronques con Andalucía: Fray Cristóbal de Torres, que antes de ser Arzobispo de Bogotá, fue Obispo de Córdoba, y a quien el gran Quevedo dedicó uno de sus libros en términos de reverencial acatamiento. Fray Cristóbal, con sus propias rentas, fundó el COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO, MAGNO INSTITUTO que ha formado numerosas generaciones de hijos ilustres y que al través de los siglos guarda las Constituciones que le dio el fundador y el sello escolástico que él quiso imprimirle. Porque, como tuve ocasión de decirlo hace pocos días en el Instituto Cristóforo Colombo, aquel fraile dominico alcanzó una tan amplia visión del porvenir, que creó, dentro de los muros del claustro, una pequeña democracia escolar, de tal manera, que los próceres de la emancipación aprendieron allí lo que, trasladado del campo estudiantil al del gobierno político, había de constituir la República. Por eso se levanta hoy, en el claustro principal del Colegio, la estatua de Fray Cristóbal, costeada por los hijos del Rosario, a iniciativa del actual Rector, que ha sabido personificar como nadie el espíritu del fundador; MONSEÑOR RAFAEL MARÍA CARRASQUILLA es uno de esos hombres representativos que honran a una nación y a una estirpe: grande americano y grande español, recuerda a esos ilustres prelados del Renacimiento que supieron unir la dignidad de las letras con la majestad de la prelatura romana (1).

(1) Esta conferencia fue pronunciada días antes de morir el Rector perpetuo del Colegio del Rosario.

Ni cómo olvidar la Expedición botánica, que organizó el Gobierno español, bajo la dirección de aquel sabio, andaluz también, don JOSÉ CELESTINO MUTIS, nombre inmortal, que no borrarán los siglos, según la expresión de Linneo? Surgió entonces un movimiento científico que no ha sido nunca superado posteriormente, y cuyo principal ornamento fue el dulce y desventurado FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS, que alcanzó a dar pruebas de un verdadero genio científico en los momentos precursores de la revolución, a la cual sacrificó su preciosa existencia. España ha desagraviado la memoria de Caldas con un homenaje digno de la hidalguía y gentileza españolas por iniciativa de una ilustre dama sevillana, doña Blanca de los Ríos, que no es sólo una egregia escritora, sino que tiene un corazón en que cabe todo el Imperio español, con la grandeza que tenía cuando el sol no se ponía en sus dominios.

Los trabajos de la Expedición de Mutis conservados cuidadosamente en el Jardín Botánico de Madrid y que deberían publicarse para honra de España, dan testimonio de la importancia de aquel movimiento científico, que causó asombro al ilustre Alejandro de Humboldt. Todo aquello naufragó en la tormenta de la revolución. Pero sin esos antecedentes de cultura, ¿cómo explicar la aparición de esa generación de gigantes que realizaron la obra de la emancipación y sobre los escombros humeantes de la Colonia levantaron el edificio de la República, mostrándose a un tiempo guerreros, oradores, publicistas y legisladores? ¿Surgieron acaso esos astros luminosos del seno de las tinieblas de los tres siglos de ignorancia de que hablan los enemigos de España? ¡No! La ignorancia es una larva del reino de la nada; y de su seno infecundo no puede brotar un rayo de luz. Fueron fruto sazonado de un esfuerzo progresivo de desarrollo intelectual. Nuestra cultura nació en cuna espa-

ñola, y por lo tanto, noble y cristiana; y se fue desenvolviendo a la sombra del gobierno de virreyes ilustrados, un Caballero y Góngora, un Ezpeleta, un Mendinueta, verdaderos padres de una patria que no era la suya. Así se formaron Nariño y Santander, TORRES y CALDAS, Zea y FERNÁNDEZ MADRID, glorias de América, pero también de España; como es gloria española, y muy auténtica, Simón Bolívar, que no fue un reivindicador de los monarcas indígenas, ni descendía de Guai-caupuro ni de ningún otro héroe autóctono; sino que heredó de su purísima estirpe vasca muchas de las egregias condiciones de carácter que, unidas al genio que recibió del cielo, le permitieron ser el gran Capitán de la América.

La emancipación, que en los primeros momentos pareció abrir un abismo infranqueable entre España y América, no fue, vista a distancia y a la luz de la filosofía de la Historia, sino un largo y sangriento episodio de una guerra civil, que sustituyó al poder central, dislocado por la invasión napoleónica, los gobiernos autónomos surgidos por espontáneo impulso en las diversas regiones del Continente. Pero ella no afectó el lazo fortísimo de la unidad de religión, de lengua, de costumbres y tradiciones. Y es curioso que Colombia, que fue quizá la República americana que reanudó más tarde sus relaciones oficiales con España, es uno de los países americanos que conservó más fielmente el sello español y en donde el estudio de la lengua ha sido un verdadero culto. Escritores de diversas escuelas políticas, desde las más conservadoras hasta las más avanzadas, han competido en el uso correcto del lenguaje; y no falta quien haya expuesto las ideas más radicales, en un estilo, no sólo correcto, sino de un gusto sabrosamente castizo, como ocurre actualmente con Antonio José Restrepo. Nunca se ha discutido en Colombia el

problema de la formación de una lengua americana, distinta de la española. El predominio del Castellano fue tan avasallador, que pronto desaparecieron los dialectos indígenas, de los cuales sólo quedan algunas palabras, que figuran ya en los viejos cronistas. Nuestro pueblo todo habla español, y en los campos, con reminiscencias arcaicas; no siendo raro oír a los campesinos de Cundinamarca y Boyacá expresiones de las que se encuentran en las obras de Santa Teresa, que escribía haciendo uso del vocabulario popular de su tiempo. Los galerones de los habitantes de las llanuras orientales responden a los romances de guapos tan conocidos en Andalucía. Nuestros cantares populares son reflejo de los españoles; y aun de los viejos romances quedan huellas en la tradición oral. El ilustre filólogo CUERVO refiere que él oyó a un inculto campesino de un desconocido valle de los Andes recitar los romances de los infantes de Lara y los de Bernardo del Carpio, que el aldeano había convertido en *Bernardino Alcarpio*; y yo mismo he podido recoger de los labios de una criada de servir un viejo romance caballeresco, con las alteraciones fonéticas propias del habla vulgar.

Dos momentos milagrosos presenta en su historia la América española. El primero es el de la Conquista, cuando capitanes de aventura, con un puñado de hombres, derribaban imperios seculares al golpe de sus aceros; y hacían surgir ciudades en el seno de los bosques; formando nuevos Toledos y nuevas Sevillas en medio de la naturaleza tropical, aún no domada, y cuando santos misioneros llevaban la civilización a sitios remotísimos en donde después, durante centurias, sólo han reinado las fieras. El segundo es el período de la emancipación, cuando brotó un genio militar digno de comparearse con Napoleón; y aparecieron, como por encanto, militares y diplomáticos, oradores y hacendistas; muchos

de los cuales fueron recibidos, con admiración y deferencia, en las Cortes de Europa. ¡Llor a la raza que se pudo honrar con tales hijos y con tales nietos!

No produjo Colombia, en la época de la Independencia, ningún poeta de primer orden, que pueda ponerse al lado de Olmedo, de Bello, de Heredia. Tuvo, sí, dos ingenios brillantes, dos poetas elegantes y armoniosos que inician simpáticamente nuestra literatura nacional: JOSÉ FERNÁNDEZ MADRID y Luis Vargas Tejada. En la poesía colombiana de las primeras décadas de la república, suele haber frases de encono, inspiradas por el amargo recuerdo que dejaron los terribles pacificadores, pero aun en esos mismos poetas, el sentimiento de la raza se sobrepone; y exclaman como FERNÁNDEZ MADRID:

Sangre española corre por mis venas!
Suyo es mi hablar; su religión es mía!

Y hay que declarar, porque es la verdad, que las musas no se mostraron propicias a las declamaciones en verso contra España que de vez en cuando aparecieron como contribución en fiestas patrióticas. La poesía colombiana no supo hablar contra la Madre Patria. En cambio, ¡qué hermosos acentos encontraron nuestros poetas siempre que evocaron el recuerdo de la raza; ya cuando José Eusebio Caro, nuestro primer gran lírico, enaltecía

Aquel amor fogoso, extraño, inmenso,
Que hace bullir mi sangre de español;

ya cuando Julio Arboleda, el romántico poeta soldado, de la estirpe de los Garcilasos y Ercillas, esboza en el héroe de su leyenda épica, el *Gonzalo de Oyón*, el tipo del hidalgo castellano, que al sentir la mordedura de la calumnia, que mançilla su lealtad, busca la muerte, prefiriéndola a la deshonra.

Y ¿qué decir de don José Joaquín Ortiz, el Quin-tana colombiano, a quien dedicó un extenso y magnífico estudio mi fraternal amigo, el grande escritor español don Antonio Rubió y Lluch, gloria de Cataluña y benemérito de las letras colombianas? Hijo de un patriota, que sufrió grillos y expoliaciones por la causa de la independencia, Ortiz conoció de niño a Bolívar; y en su alma quedó resonando para siempre la voz de clarín con que el Libertador hechizaba a las multitudes y las arrastraba en pos de sí. Pero en el fondo de su ser hallaba también resonancia profunda otra voz, la de la raza; y aquel gran poeta, al propio tiempo que hacía la apoteosis de Bolívar, en estrofas llenas de majestad y de épica grandeza, celebraba la colonización española en un canto que Menéndez Pelayo consideraba como una de las más finas joyas de la poesía americana. Y ya en su vejez, aquel patriarca cristiano, blanco de canas, entonaba con acento robusto, delante de la estatua de Bolívar, su magnífica oda *Colombia y España*, reuniendo estos dos nombres en idéntico homenaje de amor; y rendía a la mujer española el tributo galante de esta bella alusión:

Si a veces distraídos
Volvíamos los ojos
A contemplar las hijas de Colombia,
En el porte elegante,
En el puro perfil de su semblante,
En el mirar ardiente y en el dejo
Meloso de la voz, eran retrato
De sus nobles abuelas:
Copia feliz de gracia soberana
En que agradablemente se veía
El decoro y nobleza castellana,
Y el donaire y la sal de Andalucía.
Y entonces exclamábamos: un nombre
Terrible, España, tienes!, pero suena
Qué dulcemente al corazón del hombre!

Pero quien personifica más genialmente el espíritu español fue don Miguel Antonio Caro, uno de los varones más ilustres que ha producido la América del Sur. Procedía de la antigua familia andaluza que en el siglo de oro produjo a Rodrigo Caro, el cantor de las ruinas de Itálica, que es la inspiración más romana que tiene la lírica española. Polígrato insigne, dejó una obra vasta, en que predominan como fuerzas directoras, el sentimiento religioso y el amor a lo castizo y tradicional; y que ofrece en su conjunto la majestad y la pureza de líneas de las construcciones clásicas. Pero si supo traducir a Virgilio en versos magníficos, no por eso dejó de ser hombre de su tiempo; y a él se debe, en sus líneas fundamentales, la Constitución que rige en Colombia. De su españolismo decía el ilustre crítico cubano Merchán, que predominaba sobre todos sus sentimientos, casi sobre su catolicismo, si católico y español no fueran términos casi sinónimos, a la manera como él los entendía. Muy joven aún, cuando las relaciones con la Península eran escasas, cantaba las glorias de España en estrofas encendidas, y exclamaba, soñando con ver un día la Madre Patria:

Yo desde lejos con pasión te miro,
 España!, tu memoria
 Es legado de amor; filial suspiro
 Brota del pecho al recordar tu historia.
 Publiquen otros, de tu excelso nombre
 Para empañar el brillo,
 Los crímenes de un lustro, los de un hombre
 Que tu raza, feroz, pasó a cuchillo.
 Cúlpenme desleal porque te amo!
 Ah!, desleal sería
 Si mi patria negase: patria llamo
 A la que fue de mis abuelos, mía!,
 Que ellos en tu servicio encanecieron,
 Tus fueros abogaron,

En sus cantos tu nombre engrandecieron,
 Con las armas tu imperio dilataron.
 Allí, partido el corazón, tu suelo
 Mojaré con mi llanto,
 Y bajará la inspiración del cielo,
 Y digno de mi amor será mi canto.

En 1883 se celebró el centenario del nacimiento de Bolívar, y los poetas colombianos conmemoraron el suceso con la publicación de un *Romancero Colombiano*, como para hacer entrar la guerra de Independencia en el ciclo de la poesía épica española. No podían ser gratos a España muchos de los recuerdos que allí se evocaban. Pero Caro cerró la colección con el magnífico himno de *La reconciliación*, en que cantaba la indestructible unión espiritual de España y América, en estrofas de una serenidad de inspiración digna de un discípulo de Manzoni:

Lidió contra sí misma
 Cruel la raza ibérica,
 Mas el cielo piadoso
 Del mal suscita el bien;
 Harto expiado habemos
 Odios, furios, crímenes...
 Y ya se adunan lauros
 De Boyacá y Baylén.
 Resurgen las Españas
 Doquier suba al Empíreo
 En castellano acento
 Cristiana invocación;
 Doquier sus ondas vuelva
 Ciñe asombrado el piélago
 Los miembros renacientes
 De la inmortal Nación.

Hace muchos años se dijo que Bogotá era la Atenas de la América del Sur. Nunca lo hemos creído los colombianos: y ese calificativo, que no fue invención

nuestra y que podría aplicarse también a otras capitales americanas, siempre nos pareció fuera de toda proporción y más propio que para envanecernos, para despertar la vena satírica y maleante, que es otro de los rasgos característicos del modo de ser bogotano. Pero si en algún tiempo ese título exagerado pudo tener alguna significación, fue cuando se fundó la Academia Colombiana de la lengua, correspondiente de la Española, por iniciativa del delicioso escritor don José María Vergara, otro enamorado de España; y cuando al lado de Caro, surgió la figura de don RUFINO JOSÉ CUERVO, a quien el sumo maestro Menéndez Pelayo llamó el filólogo más grande que la raza española produjo en el siglo XIX. CUERVO, con sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, inició un movimiento, que se reprodujo en obras similares en casi toda la América, de depuración del idioma y al propio tiempo de enriquecimiento del léxico común con los legítimos aportes de los pueblos americanos. CUERVO hacía suya la divisa de los patriotas polacos: la lengua es la patria, para hacer ver a sus paisanos y a todos los americanos, que en el problema de la lengua va envuelto el de la nacionalidad, y que uno de los más fuertes vínculos de cohesión interior y de resistencia contra invasiones extrañas, está en ese elemento ideal y casi incoercible que son las palabras de un idioma. Es que en esos sonidos, que inarticulados nada significan, y agrupados por ley misteriosa, en forma de vocablos, expresan los más altos conceptos de la inteligencia, y los más hondos sentimientos del corazón, vive y palpita el alma de los pueblos, y se guarda, como en arca santa, lo más puro del espíritu nacional. Por eso, varones como Cuervo, no sólo fueron grandes hombres de ciencia, sino insignes patriotas.

En esta noble empresa de mantener incólume el más eficaz medio de comunicación que existe entre los pue-

blos y de conservar la unidad, sin perjuicio de las incontables diferencias de región a región, estamos todos igualmente interesados. Como círculo mágico trazado en el aire por la varilla de un encantador, que aunque invisible, es infranqueable para quien pretenda forzarlo, así el idioma, cosa alada y sutil, que vuela de boca en boca, constituye un muro de defensa más impenetrable que las murallas berroqueñas; y el día de una agresión, constituyen fuerzas defensivas los cantos de los poetas, las voces de los oradores, las plegarias que se dirigen a Dios y hasta los arrullos con que las madres adornan a los niños en su regazo. El espíritu es más poderoso que la materia.

También estamos interesados todos en que se disipen los últimos restos de esta leyenda negra, que fue arma de combate, hábilmente esgrimida por los odios de religión y los celos de raza, para desconcepar al pueblo español, en siglos pasados; y que se fue perpetuando y extendiendo, como tantas otras falsas o exageradas interpretaciones de la Historia hiriéndonos también de rechazo a nosotros; porque, como dijo uno de nuestros poetas, don Ricardo Carrasquilla:

España nos dió su lengua,
Su sangre, su grande historia;
Y su gloria es nuestra gloria,
Y su mengua, es nuestra mengua.

Llovieron sobre España los anatemas, en nombre de un humanitarismo y una tolerancia religiosa que no existieron en ninguna parte en el siglo XVI. Se acumularon sobre España cargos que equitativamente debieron haberse distribuido entre todos los pueblos de Europa. Se execraron las durezas de la conquista, pero no se recordó el testamento de Isabel la Católica, ni el monumento de las Leyes de Indias, honra eterna para la nación que así legislaba, ni la fusión de las razas, en

vez de la destrucción de la aborígen, que otros pueblos llevaron a cabo implacablemente. Hubo arranques de simpatía, muy merecidos por cierto, en favor de los héroes indígenas que murieron defendiendo su independencia, de los Capupolicanes y Cuautemocs, verdaderos personajes de epopeya; pero se guardó silencio sobre el sacrificio heroico de miles de misioneros que sellaron con horrendos martirios su amor apostólico por las razas indígenas; se habló de oscurantismo, sin recordar que antes de cumplirse un siglo del descubrimiento, ya en casi todo el Continente florecían grandes Universidades, algunas de las cuales aún subsisten. Crímenes los hubo; y nadie pretende disculparlos, ni menos convertirlos en virtudes; pero que se aplique a juzgar a la España antigua ese redentor criterio histórico que aprecia los hechos, situándolos en el medio y en la época en que se desarrollaron. Espanta el considerar lo que los filósofos e historiadores humanitarios habrían escrito contra España, si allí hubiera tenido lugar un suceso como el suplicio de Juana de Arco; o se hubiese procesado a un sabio de la talla de Galileo; o se hubiera encendido la hoguera de Miguel Servet o el hierro que atenaceó a Vanini; o si la Inquisición hubiera dado muerte a un genio como André Chenier. No sería raro que los propios hombres de la Revolución francesa, educados a los pechos de la Enciclopedia, derramasen lágrimas sobre la suerte de los indígenas de América, al mismo tiempo que preparaban la más tremenda siega de cabezas que recuerde la historia moderna. En materia de actos de violencia y de sangre derramada, todos los pueblos tienen mucho de qué arrepentirse; lo malo es que con el arrepentimiento no suele venir la enmienda, de lo cual hay ejemplos recientes, que comprueban con qué facilidad resurge la fiera, el hombre primitivo, apenas se desata el monstruo de la guerra. Claro está que al lado de los actos de

barbarie, se ven otros, de abnegación, de generosidad, de sacrificio, que rescatan muchas miserias y que establecen un abismo entre las naciones cristianas y civilizadas y los pueblos bárbaros, en que no existe la idea de la compasión ni de la fraternidad humana. España, en su edad de oro, vivió en lucha con el universo entero; y durante siglos, fue antemural de la cristiandad contra la invasión árabe, como lo fue contra los turcos en Lepanto, y como, más adelante, había de serlo contra la ambición napoleónica. Una raza, formada en esta disciplina de hierro, no podía ofrecer la blandura cortesana de los tiempos modernos en época de paz. Y aun así, ¡quién sabe si algunas naciones europeas, en vista de la dura experiencia sufrida hace pocos años, no se hayan inclinado a juzgar más benévolamente a los terribles tercios españoles! Y en cuanto a América, antes que hablar de las exacciones de los encomenderos, recordemos a apóstoles como San Pedro Claver, el que se hizo esclavo de los negros y cuya vida es un prodigio de abnegación y de caridad cristiana, que bastaría por sí sola para ennoblecer y dignificar a la especie humana.

Muchas veces, contemplando el cielo desde las alturas andinas, al ver desplegarse en el espacio azul esas inmensas constelaciones que parecen señorear gran parte del firmamento, me ha parecido ver un símbolo de la confederación de los pueblos hispánicos, que ostentando a la Madre Patria como astro central, avanza majestuosamente a la conquista del porvenir. ¿Será esto una ilusión, un sueño de poeta? Y muy digno de interpretar ese sentimiento es el Monarca que hoy rige los destinos de España, a quien rindo respetuosamente el homenaje de mi admiración. Le admiré desde cuando lo conocí en su niñez sentado en el Trono de San Fernando al lado de su augusta Madre, como una encarnación de la ma-

jestad bajo las formas frágiles de la inocencia. Le admiré cuando en la adolescencia, dió muestras de estar dignamente preparado para la grande y difícil misión que le reservaba la suerte. Le admiré mucho más cuando, salvado milagrosamente de infames atentados, contempló impávido el peligro, irguiéndose tan gallardamente, que las llamaradas de la máquina infernal, forjada para destruirlo, se convirtieron en reflejos de gloria que circundaron su juvenil figura. Le admiré cuando en esta ciudad de Roma proclamó su afecto por las Repúblicas americanas. Le he admirado cuando ha sabido ostentar ante Europa la feliz alianza de la tradición con el espíritu moderno, de la majestad con la llaneza, de la alta inteligencia con la sencillez benévola y sonriente. En este anochecer de tantas monarquías, él ha probado al mundo que España tiene un Rey que no es solamente un símbolo, sino un hombre y el primer caballero de esta nación de hidalgos. El reina por la simpatía en los corazones americanos; y si algún día fuera a América, podría recorrer todo el Continente por un camino de flores desde el Cabo de Hornos hasta las márgenes del Bravo, donde expira el imperio del alma española.

Agradezco cordialmente a la Casa de España el haberme invitado a dirigiros la palabra en este ilustre centro; y os agradezco a vosotros el que me hayáis escuchado con benevolencia. Y expreso mi gratitud al egregio Embajador de España, que ha tenido la gentileza de presentarme, con la amabilidad y cortesía que le son características. Muchos y antiguos lazos me unen con el Conde de la Viñaza, y particularmente dos: el de la Academia Española y el de la representación diplomática. De los académicos que en mi tiempo formaban parte de la Corporación, el único sobreviviente es él, que para mí representa todo el grupo de escritores insignes de quienes era el más joven compañero. Entró en la Academia llevando ya un opulento bagaje; en el cual

se contaban obras magnas como el Diccionario de la filología castellana y el de las lenguas indígenas de América; y libros como el que dedicó a su inmortal paisano Goya, y que a pesar de estar agotado, sigue siendo citado por cuantos escriben de Goya dentro y fuera de España. Como diplomático he tenido el gusto de seguirlo en el curso de su brillante carrera, cuyos comienzos presencié en Madrid; habiendo tenido la suerte de encontrarle más tarde en el Perú y aquí en Roma. Me tocó verlo entrar en la aristocrática y bella ciudad de Lima, bajo lluvia de flores; y estuve a su lado en un banquete inolvidable, en que los representantes de todas las naciones de América tejieron en frases más o menos elocuentes, pero todas sinceras, un magnífico elogio de la Madre Patria para ofrecerlo como homenaje a su preclaro Embajador. Y en toda ocasión he estrechado con placer su mano de hidalgo y de gran señor, digno representante de la nación augusta que, entre otros títulos, podría ostentar ante la Historia el muy envidiable de escultora de nacionalidades.

Y si las obras responden de la grandeza del artista, si la contemplación de las estatuas de Miguel Angel permite medir la magnitud sobrehumana de su genio, ¿qué idea debe formarse de la antigua España, que con cincel de gigante esculpió sobre la faz de un vasto Continente diez y ocho naciones que hoy, en el pleno desarrollo de sus energías, pero guardando los rasgos de hermandad reveladores de su común origen, dan testimonio de la fecundidad de la entraña creadora, que sin agotarse, logró darles la vida, y proclaman que pudo romperse el imperio de Carlos Quinto, pero que subsiste en su integridad maravillosa el imperio de Cervantes?

ANTONIO GÓMEZ RESTREPO

Rosaristas citados en la anterior conferencia:

José Celestino Mutis, Francisco José de Caldas, Camilo Torres, José Fernández Madrid, Rufino Cuervo.